

talidad de su Monarquía. La indispensable aceptación del plan, precursora y preparatoria, se frustró entonces por las mismas causas que estuvieron á punto de frustrarlo después, por las excesivas pretensiones de mando y de tributación para sí expuestas por el sublime descubridor. Y como éste se hallaba tan seguro de la realización del proyecto; como veía tan claro el encuentro de tierras fabulosamente ricas, con sólo navegar hacia Occidente, y no hacia el Mediodía, cual navegaban los portugueses; como tocaba con sus manos las paredes de oro, y cogía en sus puños los puñados de aljófares, y con sus ojos miraba las cresterías de rubíes y esmeraldas, emperrábase con una tenacidad sin ejemplo en la demanda del premio en poderes, del premio en riquezas, del premio en honores, bajo una seguridad tan grande que rayaba en aparente petulancia, repulsiva de suyo á todos, y con especialidad á persona tan pagada de sí mismo como el rey D. Juan II. Cristóbal Colón se lamenta y dice: «Fuí á aportar á Portugal, adonde el Rey de allí entendía en el descubrir más que otro; el Señor le atajó la vista y todos los sentidos, que, en catorce años, no le pude hacer entender lo que yo dije.» Sin embargo, el Rey nombró una comisión encargada de apreciar el asunto. Y esta Comisión dió un fallo en armonía y consonancia con las costumbres lusitanas, adscritas á buscar el África austral y las Indias orientales, navegando en larguísimos derroteros hacia el Mediodía. Maestre Joseph y maestre Rodríguez, médicos, juntamente con los dos prelados de Ceuta y de Viseo, constituyeron la Junta encargada del dificultosísimo examen.

Las letras de aquel tiempo, las humanidades tan vivas, todo cuanto se sabía del mundo y todo cuanto se sabía del cielo, estaba reunido y personificado en aquellos hombres eminentísimos, que habían bajado á los sepulcros de la historia y subido á los altos de la metafísica; hecho los instrumentos de navegación más perfectos y puesto en las carabelas el revelador cuadrante; relacionado el cielo y sus constelaciones con el mar y sus derroteros por medio del astrolabio; desvanecida una gran parte de los misterios que cubrían el mar tenebroso é impulsado los pilotos que doblaban la punta del inabordable Bojador, viendo surgir en torno suyo islas, como veía nereidas y sirenas el viejo Neptuno, cuando, arrastrado por los tritones en conchas y nácares de madreperlas, recorría por luminosas noches mediterráneas, entre brisas y estrellas, aquellas diáfanas aguas de su hermosa Grecia. Dar por buena, después de tantas fortunas, la innovación del genovés, cuando surcaban en aquel minuto los mares barcos obedientes á las ideas por ellos allegadas y á las fórmulas por ellos escritas, fuera inconsecuencia incalculable.

Así la rutina se burló de las adivinaciones de aquel espíritu profético y el cálculo venció á la inspiración. Pero D. Juan en sus adentros, no debió quedar muy persuadido á la negativa por el dictamen de los sabios, cuando convocó y congregó el Consejo Superior de la Corona. Este cuerpo, esencialmente político, en su mayoría compuesto de aquellos jurisconsultos á quienes la ciencia y conocimiento del derecho romano surgieron la idea del

poder absoluto moderno y la fundación de los Estados poderosos, apartó las ideas puramente científicas de la Comisión, compuesta por los cosmógrafos técnicos, y se apoyó en las pretensiones de autoridad y de rentas formuladas por Colón, creyéndolas contrarias al derecho eminente de la Monarquía y al poder absoluto del Monarca. En verdad que la Junta técnica y el Consejo político daban los dos motivos de la negativa: aquella el hábito acreditado de los derroteros y descubrimientos portugueses y éste el principio recién establecido de la unidad monárquica. Con el un dictamen se opusieron al pensamiento expuesto y con el otro dictamen se opusieron al premio pedido por Colón. Y aquí surgió la idea propia del espíritu y del temperamento de D. Juan; aprovecharse de la obra colombina y deshacerse de Colón. El cristianismo sin Cristo, el mosaísmo sin Moisés, el mahometismo sin Mahoma, el viaje de Colón sin Colón: he ahí la idea del taimado y astuto D. Juan. En las largas comunicaciones del proyecto, en los diálogos íntimos con el descubridor, en las consultas hechas á la sabiduría del siglo, en los datos reunidos para el dictamen, aprendió D. Juan todo cuanto podía entonces aprenderse y lo puso en práctica inmediatamente. Llamó al más experto entre los pilotos portugueses, á Pedro Vázquez, compañero un día del infante D. Enrique, y á hurtadillas, á la callada, con todo sigilo y recato, le impelió á recorrer, so pretexto de provisionar las islas de Cabo Verde, los derroteros de Colón. Entonces vióse claramente cómo lo mecánico, lo externo, el cálculo material, una consigna de soldado,

una orden de rey, no pueden reemplazar al esfuerzo, al empeño, al estudio, al pensamiento, y sobre todo, al dolor de un verdadero genio hecho mártir de su propia grandeza, y por mártir de su propia grandeza, redentor de sus semejantes. ¡Ah! Tan sólo conocemos aquello que causamos; por eso Dios lo conoce todo, porque todo lo ha causado. Y sólo quiere Dios que alcancemos aquello por cuyo logro hemos padecido. En la pasión, en el sufrimiento, en el martirio, en el cáliz de acíbar, en la calle de Amargura, en el Calvario y en la Cruz se hallan la redención y los redentores. Únicamente sabemos aquello que causamos, y únicamente conseguimos aquello porque padecemos. Colón había causado su obra, y Colón había padecido por ella; únicamente Colón podía realizarla. El piloto mecánico se asustó al verse metido en el mar de Zargazo, entre cuya vegetación se detenían y enredaban las quillas; se asustó más al sentirse azotado por la tempestad y por el huracán; se asustó más al bogar y bogar días tras días sin descubrir nunca tierra; y en su terror volvió proa, demandando de nuevo Portugal y excusándose del regreso con la exageración de los peligros. El secreto llegó á transpirar, Colón llegó á saberlo. En cuanto lo supo, sus irritaciones momentáneas, sólo comparables, en fuerza de intensidad, á la duración de sus calmas y á las pruebas de su paciencia, le sublevaron y le movieron á huir de allí para encaminarse á nuestra España. Comenzaba en tal momento el invierno de 1484. Casualidad, casualidad, casualidad, repiten á porfía los que ven la historia humana por su lado pequeño. Pero

en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.

CAPÍTULO VI

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA.

AMARGADÍSIMO debió quedar Colón, viendo á la monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increíbles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio así en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo, que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolvíase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasía intuitiva y en parte de su adquirida ciencia. Pero en tal combate sucumbía el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las múltiples se-